

La vida.

Es esta vida. La que nos ilumina, la que nos inunda, la que nos arrastra. La vida, ese regalo divino y prodigioso que nos envuelve, que nos abraza, que nos atrapa; que tras cada tropiezo nos hace intentar de nuevo; que nos colma y nos alecciona; que nos incluye y nos abarca; que nos sorprende, nos seduce, nos enamora y de inmensa felicidad nos baña (empapa).

Es esta misma vida la que un día nos para; la que nos destroza y nos desgarrá, que no espera y que se escapa, que ni siquiera a decir adiós te prepara. La que nos hace preguntar por qué mientras otros sufren, cuando tu quedas varado sin saber cómo reanudar la marcha; que nos interrumpe y nos encalla, que nos atormenta y nos amarga.

Pero todo ello es la vida. La que en estos instantes, nos endulza con el recuerdo, y nos consuela hoy con la mirada; la que nos ofrece el eco inmenso de la esperanza; que nos entrega el amor sin medida para ser la solución de nuestra carga; que nos empuja a seguir porque el camino continua y no se acaba. La que nos llena de fe en Cristo, porque Él es la vida y solo en Él encontramos la paz, el valor y la templanza.

Buenas noches amigas y amigos cofrades. Buenas noches a todos los que os encontráis aquí, y a todos los que estáis al otro lado de la radio o la pantalla. Debo reconocer que me encuentro como aquel film de los años 80, regresando hacia el pasado, porque hace justo dos años por estas fechas, abandonaba las tablas del Cervantes probablemente siendo la mujer más feliz de esta tierra. Aunque debo advertiros algo; en estos dos intensos e interminables años, ni un centímetro he crecido. Por ello, y aunque estoy inmensamente agradecida al presidente de nuestra Agrupación y al presidente del Centenario, reconozco que sigo careciendo de la altura necesaria que requiere nuestra institución, y ello me hace temer que será el último tropiezo con esta misma piedra.

Por esto quizá debiera haber comenzado mi intervención con aquello de...  
“Como decíamos ayer...”

Y es que, de esto se trata, del ayer. De ese ayer de nuestra Agrupación de Cofradías. La historia, que como bien nos instruí el inmortal Cervantes, es “la madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo

de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, y advertencia de lo que ha de venir”.

Y esta historia que hoy nos reúne, es la de mujeres y hombres que, sin pretender una gloria vana, se han convertido en referente del hoy. Nombres desconocidos, o que nos parecen ser tan familiares. Cofrades que a lo largo de cada uno de los días de estos 100 años entregaron sus instantes, convirtiendo el sacrificio del esfuerzo individual en verdaderas construcciones de generosidad, entrega y pasión, cristalizándolas en un don que hoy recogemos. Las enriquecidas baldosas que cubren el trayecto bajo nuestros pies se cimentaron entonces a base de contrariedades y dificultades salvadas, de colosal tesón y responsabilidad, de genialidades nacidas de la escasez y las ansias de proclamar aún más enérgicamente el compromiso con el mensaje de Cristo. Vencieron las barreras de su pasado y su presente, hasta construir un futuro lleno de honestidad y respeto, que hoy nosotros ciertamente disfrutamos.

Porque la historia de la Agrupación de Cofradías es la nuestra. ¿Por qué no debiéramos celebrarla? ¿Por qué no alzar la voz y proclamar a gritos que nos encontramos tan orgullosos de aquellos cofrades, de esta historia, de nuestra Semana Santa?

Y esto es lo que hoy nos trae hasta aquí. Esto es lo que hoy quiere pregonar a través del arte nuestro querido y admirado amigo Raúl Berzosa Fernández.

Parece que resulta imprescindible comenzar una presentación de estas características con aquello de que no resulta necesaria presentación alguna. Pero es que hoy yo os preguntaría, ¿Quién no conoce a Berzosa? ¿Quién no sabe del artista?

Máximo exponente de la Pintura religiosa actual, su currículum creativo es tan, tan profuso... Todos los malagueños conocemos la obra de Berzosa. ¡Quién no ha visto su cartel de la Semana Santa! O el de las Hermandades de Gloria; el Centenario de Mena, el de la beatificación del Padre Arnaiz. Incluso es posible que hayamos disfrutado del cartel de la Semana Santa de Sevilla o Córdoba, o el de la Romería del Rocío. Quizá resulta más difícil conocer su obra fuera de Andalucía; sus pinturas en la preciosa Iglesia del Salvador de Toledo, o las que decoran las Puertas del Santuario de la Virgen de la Sierra, en Cabra. Probablemente menos conocemos aún que sus

cuadros se ubican en capillas de EEUU, como las de la Catedral de Fargo, en Dakota del Norte, y Santa M<sup>a</sup> de los Ángeles, en Chicago; o en Tampa, Florida; o Vía Crucis en Guatemala, o en las Islas Portuguesas de las Azores.

Pero quizá, lo que más fama le han reportado sean sus excelentes retratos, de obispos y cardenales españoles o extranjeros (como Monseñor Martínez, o Manuel Ochogavía, o Luis Fco. Ladaría). Y sobre todo, su trabajo en Italia, y más concretamente los realizados para la Ciudad del Vaticano: sus portadas para Libretos de celebraciones litúrgicas, o sellos filatélicos; y como no, sus esplendidos retratos de San Juan Pablo II, Su Santidad el Papa Emérito Benedicto XVI, o mi admirado Papa Francisco, a quien ha retratado en diversas ocasiones. Todo ello le ha llevado a ser nombrado Académico Honorario de la Pontificia e Insigne Academia de los Virtuosos en el Panteón, en Roma.

Imposible enumerar la totalidad de su asombroso currículum. Mucho más impresionante resulta, si advertimos que tiene tan solo 41 años.

Lo dicho. Un artista con un prestigio nacional e internacional altamente reconocido. Sin embargo, ahora, dejadme que sí os presente a Raúl. Aquel joven estudiante de los Maristas, que con apenas 12 años comenzó dibujando comics, quizá porque ya despuntaba en él la necesidad de contar, de relatar su propio mensaje. Más tarde, decidió regresar desde Granada a su Málaga natal, para licenciarse en Historia del Arte. Y fue entonces cuando llegó el Rocío. Aquella Hermandad de la que tan cercano hoy se siente, le transformó la vida. Porque el Cartel de “Un clavel para el Rocío” del año 2000 le abrió las puertas de su personal paraíso. Y poco a poco, lienzo a lienzo, fue encontrando el espacio donde crece su fe. Su obra, serena, dulce y a la vez seductora, nos atrapa con las miradas, las sonrisas, la tragedia en el semblante de sus protagonistas. La evolución de Raúl como persona se refleja en cada una de sus pinturas. Porque no permanece en la estética de la belleza, sino que se empeña, como él mismo afirma, en dejarse guiar por la Oración para escribir con sus pinceles el Misterio de Dios.

Tomando como pilares en el que sustentar plenamente su vida a sus padres y a su mujer Marina, su día, uno cualquiera, comienza adentrándose en ese minúsculo lugar para tanta grandiosidad que resulta ser su taller. Un beso inicia la mañana de trabajo, aquél que va dirigido al hombre de la Sabana Santa; a una fotografía que es copia exacta de la que le vio crecer y madurar en familia en el salón de su hogar. La imagen del Santo Sudario de Turín,

ese Hombre que le acompaña a cada paso de su vida, porque seguro lo presiente como el mismo Cristo. Y tras ello, la lectura imprescindible del Evangelio del día. Y entonces, ya está dispuesto para empezar. El andamio, la mezcla de colores, la pérdida de noción del tiempo, y la admirable creación incesante van conjugándose para lograr ese perfecto equilibrio que hallamos en cada una de sus obras.

Raúl se dice estar próximo a las Hermandades, pero no ser cofrade. Junto al Rocío, dos Cofradías ocupan su predilección: la Paloma, a la que le acerca su esposa, y las Penas, a la que ofreció dos años de su vida, y la excelsa pintura mural del Oratorio, muestra palpable de su maestría, y respuesta certera a cómo nos imaginaríamos cualquier cristiano el Cielo, muy cerquita de la Virgen Reina.

Quizá Raúl sea más cofrade de lo que él mismo cree. Comprometido, sereno, alejado de ser centro de los focos que puedan desviarle de su objetivo, el retrato permanente del Dios hecho Hombre; sencillo, algo hiperactivo, humilde, reservado, pero, sobre todo, incondicional de María Virgen, y discípulo de Cristo al que rinde sus manos para dejar por los siglos ilustrado su mensaje.

Berzosa, el artista que mejor puede definir con el pincel lo que hoy aquí celebramos; Raúl, la persona que conseguirá plasmar estos 100 años de historia cofrade malagueña. Abramos los ojos, agudicemos los sentidos. Este es el cartel que pregonará nuestro Centenario.

#### PRESENTACION DEL CARTEL

No hay lugar a la duda. Nos encontramos, si me permitís, ante una extraordinaria obra. Dejadme daros unas pinceladas sobre ella y que ponga voz a la explicación del propio artista.

En este óleo sobre lienzo, el centro de la composición está formado por los Sagrados Titulares de la Agrupación de Cofradías de Málaga, el Santísimo Cristo Resucitado y su Madre, María Santísima Reina de los Cielos, que dirige la mirada a su Hijo. Si os fijáis, su vestimenta es apropiada a la Fiesta Litúrgica de la Inmaculada, en recuerdo de aquél 8 de diciembre de 1993, jubiloso día de su bendición. Se realza la línea que posee la talla del Señor mediante el claroscuro, difuminándose la pureza con el fondo a través una serie de tonos marrones.

Un círculo sobre las imágenes las une y las cierra, simbolizando el infinito amor entre Madre e Hijo, y señalando a la izquierda los años del centenario: 1921 – 2021, con una grafía que recuerda a la escritura de las máquinas de escribir (como tantos y tantos documentos mecanografiados en estos cien años). Equilibra la composición la Cruz guía de la Agrupación, santo y seña de la misma, situándose sobre Cristo Resucitado, pues es Cristo el pilar sobre el que se funda la Institución. De fondo, tras la Cruz, unas siluetas de capirotos blancos nos revelan el carácter de procesión en el Domingo de Resurrección.

Bajo los dos Titulares el texto · Agrupación de Cofradías · Semana Santa de Málaga con tonos ocres, pero resaltan tres letras que hacen referencia a los colores de la bandera de la Agrupación: Rojo, Verde y Morado.

En el texto inferior destaca en tonos claros, sepia y ocre, la palabra CENTENARIO, adquiriendo una extrema relevancia en la obra, tanto por el espacio que ocupa como por aquello que va a representar. Cada letra nos relata en su interior una huella de la historia de la Agrupación de Cofradías de Málaga. Comenzando por la primera, la Archicofradía de la Sangre aparece en el interior de la Iglesia de la Merced, primera sede de la Agrupación y lugar donde se firmó su fundación; La Saeta, nuestra casi centenaria revista, creada en 1922; el Altar del Corpus, con el que la Agrupación honra al Santísimo Sacramento; la Iglesia de San Julián, que se vislumbra como sede de la Agrupación desde 1987; la Fundación Corinto, expresión de la trascendencia de la labor social de las Hermandades; Santa María de la Victoria, Patrona de Málaga ,y presente en la firma del acta fundacional; el pregón oficial de Semana Santa, evidenciado en el Teatro Cervantes; la Pollinica, la primera, entrando por vez primera en el recién estrenado recorrido oficial; la música, representada por un pequeño fragmento del Poema Sinfónico a la Semana Santa de Málaga de Perfecto Artola; Y por último, el Rey Gaspar en la Cabalgata, como muestra de la unión indefectible de Málaga con su Agrupación.

Para culminar, el fondo de la obra tiene unas pinceladas sueltas a modo de veladuras, que van difuminándose para aparecer en los bordes el nombre de las 41 cofradías que hoy integran la institución. Todo lo expresado consigue realzar el colosal realismo de las dos figuras principales de la obra: Cristo Resucitado y Nuestra Madre, la Reina de los Cielos.

Algunos hoy escribirán “Es un Berzosa”; sí, pero amigos cofrades, ¡qué Berzosa...!

Las palabras ya sobran. La imagen ha de quedar para navegar por cada rincón, entre medios de prensa y escaparates, entre paredes y redes sociales. Nuestro Centenario ya ha comenzado. Disfrutémoslo.

Pero permitidme, amigos, antes de marchar, deciros algo. Hoy el silencio de las calles, la ausencia de aromas, o la afonía de las campanas y trompetas, no nos debe hacer olvidar que las imágenes que veneramos, hoy más que nunca se convierten en vehículo de oración por aquellos que están y por los que se fueron. Hoy más que nunca nuestra marcha debe ser continua. Es nuestra realidad, nuestro momento. Este es nuestro camino cofrade por el que avanzar. Esta es la inmensa huella de esperanza de la que nos sentiremos infinitamente orgullosos al dejar. Por eso, demostremos, amigos, que somos “el árbol talado que retoña”, aun tenemos la vida; que nosotros los cofrades seguimos aquí, continuamos aquí siendo capaces de transformar el silencio en una lección de esperanza.

Y porque “la historia es un incesante volver a empezar”, a partir de hoy construyamos la nuestra golpe a golpe, rezo a rezo. Huella a huella, y verso a verso.

Muchas gracias.

Paloma Saborido Sánchez.